

cerebro. Este es una parte del cuerpo, por cuanto forma parte de la objetivación de la voluntad, es decir, porque el *querer conocer* de la voluntad, ó sea su dirección hacia el mundo exterior, se objetiva en él.

Síguese de ahí que el cerebro, el intelecto, es, en verdad, dependiente del cuerpo, y éste, á su vez, dependiente del cerebro, pero sólo de una manera mediata, á saber, como objeto material y extenso en el mundo de la representación, pero no en sí, es decir, como voluntad. En definitiva, todo esto es la voluntad que se hace su propia representación y forma esa unidad que expresamos con la palabra *yo*.

El cerebro, en cuanto representado, es decir, formando parte del conocimiento exterior, ó sea como cosa secundaria, no es más que representación. Pero en sí, y en cuanto es él quien posee la representación es voluntad, pues ésta es el substratum real de todo fenómeno, y su *querer conocer* se objetiva bajo la forma de cerebro y funciones cerebrales. Recurriendo á una comparación que, aunque imperfecta, nos ayuda á comprender la naturaleza del fenómeno humano tal como aquí le consideramos, podemos tomar, por ejemplo la pila voltaica: los electrodos y el líquido representan el cuerpo, la acción química electromotriz, la voluntad y la tensión eléctrica que produce las sacudidas y las chispas la inteligencia. Pero *omne simile claudicat*.

En patología, en estos últimos tiempos, ha logrado introducirse la teoría *fasiátrica*, según la cual las enfermedades mismas son un trabajo curativo de la naturaleza para remediar los desórdenes nacidos en el organismo, combatiendo sus causas. En esta lucha, al llegar el momento decisivo de la crisis, la naturaleza alcanza el triunfo y consigue su fin ó sucumbe. Esta teoría halla su plena justificación en mi Filosofía, la

cual muestra cómo la fuerza vital, que aquí es activa en calidad de *vis naturae medicatrix*, es la voluntad. Esta, que trabaja durante la salud en todas las funciones orgánicas, asume poderes dictatoriales en los momentos en que los desórdenes orgánicos amenazan toda su obra, á fin de llegar por medidas extraordinarias y operaciones anormales (la enfermedad) á dominar las fuerzas rebeldes y restaurar el orden. Pretender, como Brandís, que la voluntad misma es quien se halla enferma, es un grosero error. Teniendo en cuenta este hecho, considerando además que en otra obra suya anterior, publicada en 1795, Brandís no sospecha siquiera que esa fuerza vital sea en sí la voluntad, sino que, al contrario, dice: «La fuerza vital no puede ser esa esencia que sólo conocemos por la conciencia, puesto que la mayor parte de nuestros movimientos son involuntarios. La hipótesis de que esa esencia, cuyo único carácter por nosotros conocido es la conciencia, pueda obrar inconscientemente sobre el cuerpo, es, por lo menos, arbitraria y no demostrada», y en otro pasaje: «A mi juicio no pueden refutarse las objeciones propuestas por Haller contra la opinión de que todos los movimientos de los seres vivientes son producidos por el alma»; atendiendo también á que el libro en que de repente afirma categóricamente que la fuerza vital es la voluntad, lo escribió á los setenta años; es decir, en edad en que no suelen concebirse grandes pensamientos originales, y observando, por último, que emplea mis propias expresiones: Voluntad y representación, y no los términos mucho más usados de facultad de querer y facultad de conocer, atendidas todas estas consideraciones y contra lo que yo creía antes, estoy actualmente convencido de que es de mí de quien ha tomado este importante pensamiento, y de



que, conduciéndose con la probidad que ahora se es-tila en el mundo de la ciencia, se ha guardado de de-cirlo. De esta cuestión trato más largamente en la se-gunda edición de *La Voluntad en la Naturaleza*.

El libro justamente célebre de Bichat, *De la vida y la muerte*, aporta esclarecimientos y testimonios con-vincentes en apoyo de la tesis expuesta en este capi-tulo. Sus juicios son el comentario fisiológico de los míos, y éstos el comentario filosófico de los de Bichat; unos y otros se comprenden mejor después de haber-los leído juntamente. Me refiero en particular á la pri-mera mitad de su obra, titulado *Investigaciones fisio-lógicas sobre la vida*. La exposición que hace descansa sobre la distinción entre la vida orgánica y la vida animal, que corresponde á la que yo hago entre la vo-luntad y la inteligencia. Los que se fijan en el sentido y no en la materialidad de las palabras no se dejarán inducir á error por la circunstancia de que él atribu-ye voluntad á la vida animal, pues entiende por vo-luntad, como todo el mundo, el libre albedrio, la vo-luntad consciente que se deriva indudablemente del cerebro, pero antes hemos demostrado que no es este el verdadero querer; es sólo un estudio, una compa-ración y compensación de los motivos, cuya conclu-sión ó producto aparece seguidamente como un acto voluntario.

Todo lo que yo atribuyo á la voluntad propiamente dicha, lo atribuye Bichat á la vida orgánica, y todo cuanto yo entiendo por inteligencia es para él la vida animal; ésta tiene para él su asiento únicamente en el cerebro y sus anejos; aquélla, por el contrario, reside en todo el resto del organismo. La oposición constante que establece entre ambas vidas, corresponde á la que yo veo entre la voluntad y el intelecto. El, como ana-

tómico y fisiólogo, parte de lo objetivo, es decir, de la conciencia de las demás cosas; yo, como filósofo, parto de lo subjetivo, de la conciencia de sí; es verdadera-mente grato observar que marchamos de acuerdo, como las dos voces de un dúo, en que cada una emite sonidos diferentes. Así, el que quiera comprenderme debe leerle, y para comprenderle más perfectamente que él mismo se comprendió, se necesita leer mis escri-tos. Bichat expone en el artículo 4.º que la vida orgá-nica comienza antes y acaba después que la vida ani-mal, y que, por consiguiente, como esta queda en sus-penso durante el sueño, la otra tiene una duración casi doble. En los artículos 8.º y 9.º nos muestra cómo la vida orgánica cumple sus funciones de una manera perfecta desde el principio y por sí misma, mientras que la vida animal requiere mucho ejerci-cio y un largo aprendizaje. Pero el artículo más in-terezante es el 6.º, en que expone que la vida animal se limita únicamente á las operaciones intelectua-les y se desenvuelve fría y sin interés, mientras por el contrario, las emociones y las pasiones tienen su asiento en la vida orgánica, aunque tomen sus moti-vos de la vida animal ó cerebral; sobre este asunto es-cribió diez páginas admirables, que podría copiar aquí íntegras. En la página 50 dice: «Es sorprendente, sin duda, que las pasiones no tengan nunca su término ni su origen en los diversos órganos de la vida animal; y que, por el contrario, las partes que sirven á las funciones internas sean constantemente afectadas por ellas y aun las determinen según el estado en que se encuentran.

»Esto es, sin embargo, lo que la estricta observación nos enseña. Digo, desde luego, que el efecto de toda especie de pasión, constantemente ajeno á la vida ani-



mal, es producir un cambio, una alteración cualquiera en la vida orgánica.» Más adelante expone el efecto de la cólera sobre la circulación y los latidos del corazón; después el del júbilo, y, por último, el del miedo. Describe la influencia de estas mismas emociones y otras similares sobre los pulmones, el estómago, los intestinos, el hígado, las glándulas y el páncreas; señala cómo el pesar disminuye la nutrición y cómo, sin embargo, la vida animal ó cerebral no es afectada por esto y prosigue tranquilamente su curso. Cita también el hecho de que para indicar una operación intelectual nos llevamos la mano á la cabeza, y, por el contrario, para expresar el amor, el gozo, la tristeza ó el odio, nos la llevamos al corazón, al estómago, á las entrañas; hace observar que sería un mal comediante el que hablando de sus penas se llevara la mano á la cabeza, y hablando de un esfuerzo de la inteligencia se la pusiese sobre el corazón; recuerda también que mientras los sabios aposentán el alma en la cabeza, el pueblo, con seguro instinto, expresa la diferencia entre el intelecto y las afecciones de la voluntad por medio de frases muy exactas, diciendo, por ejemplo: una cabeza capaz, una cabeza sensata, una cabeza sobresaliente, y, por el contrario, un buen corazón, un corazón cariñoso, ó bien: la ira corre por mis venas; me remueve la bilis; la alegría me hace estremecer las entrañas; los celos me envenenan la sangre, etc. Después añade: «los cantos son el lenguaje de las pasiones, de la vida orgánica, como la palabra ordinaria es el del entendimiento, el de la vida animal; la declamación es el término medio, an. ma el frío lenguaje del cerebro con la expresiva lengua de los órganos internos, del corazón, del hígado, del estómago, etc». El resultado á que llega es el siguiente:

«La vida orgánica es el término á donde conducen y el centro de donde parten las pasiones.»

Nada más propio que esta admirable y profunda obra para demostrar, de un modo cierto y luminoso, que el cuerpo no es más que la voluntad corporizada, (es decir, percibida en virtud de las funciones cerebrales, en el tiempo, el espacio y la causalidad), de donde se sigue, que la voluntad es lo primitivo y lo espontáneo, y la inteligencia, simple función cerebral, lo secundario y derivado. Pero lo más maravilloso, lo que me ha causado más grata sorpresa en la sucesión de las ideas de Bichat, es que este gran anatómico, guiado por consideraciones puramente fisiológicas, ha llegado á explicar la inmutabilidad del carácter moral por el hecho de que la vida animal, y, por tanto, la función cerebral, es la única sometida á la influencia de la educación, del ejercicio, de la instrucción y del hábito, mientras que el carácter moral pertenece á la vida orgánica, es decir, á la de todas las demás partes con exclusión del cerebro, y las circunstancias exteriores no pueden modificarle.

No puedo menos de citar el siguiente pasaje que se halla en el art. 9, § 2: «Tal es, pues, la diferencia entre las dos vidas del animal (la vida cerebral ó animal y la vida orgánica) respecto á la desigualdad de perfección de los diversos sistemas de funciones de que cada una de ellas resulta, es á saber: que en la una el predominio ó la inferioridad de un sistema con relación á los otros, depende casi siempre de la actividad ó la inercia mayores ó menores de ese sistema, del hábito de obrar ó no obrar; y en la otra, por el contrario, ese predominio ó inferioridad dependen inmediatamente de la contextura de los órganos y nunca de su educación. He aquí por qué el temperamento



físico y el carácter moral no son susceptibles de cambio por la educación, que tan prodigiosamente modifica los actos de la vida animal, pues, como hemos visto, aquellos pertenecen á la vida orgánica. El carácter es, si así puedo expresarme, la fisonomía de las pasiones; el temperamento la de las funciones internas, pero siendo siempre las mismas unas y otras, teniendo una dirección que el hábito y el ejercicio no alteran jamás, es evidente que el temperamento y el carácter se hallan exentos del imperio de la educación. Esta puede moderar la influencia del segundo, perfeccionar lo bastante el juicio y la reflexión para que su imperio sea superior al del carácter, fortificar la vida animal á fin de que resista los impulsos de la vida orgánica. Pero pretender por medio de la educación, desnaturalizar el carácter, dulcificar ó exaltar las pasiones de que éste es la expresión habitual, ensanchar ó disminuir su esfera, es empresa análoga á la de un médico que tratase de elevar ó de rebajar algunos grados, por toda la vida, la fuerza de contracción ordinaria del corazón en estado de salud ó que quisiera precipitar ó retardar habitualmente el movimiento natural de las arterias, necesario para su acción. Diríamos á este médico que la circulación, la respiración, etc., no están bajo el dominio de la voluntad (*Wilkür*), y que no pueden ser modificadas por el hombre sin pasar al estado morbozo. La misma observación debemos hacer á los que creen que se cambia el carácter, y por ende las pasiones, puesto que éstas son un producto de la acción de todos los órganos internos, ó, al menos, tienen allí especialmente su asiento.»

Los lectores que estén al corriente de mi Filosofía, imaginarán fácilmente la satisfacción que me produce

hallar en las convicciones de este hombre eminente, arrebatado á la ciencia demasiado temprano, y que había formado sus convicciones en otro campo distinto del mío, la confirmación, y casi me atrevería á decir, la prueba matemática de mis propias ideas.

Una prueba especial de que el organismo es el fenómeno visible de la voluntad, es el hecho de que la mordedura de los perros, los gatos, los gallos, y quizá de otros animales en un estado de cólera muy violenta, produce heridas fácilmente mortales; la mordedura del perro puede ocasionar al hombre mordido hasta la hidrofobia, aunque el animal no esté rabioso, ó sea después de morder cuando rabie. La ira extrema, ¿qué es sino la voluntad más determinada y violenta de aniquilar al objeto contra quien se dirige?, lo cual se corrobora por el hecho de que la saliva adquiere inmediatamente un carácter maléfico, un poder en cierto modo mágico, lo que prueba que la voluntad y el organismo son verdaderamente la misma cosa. Asimismo se observa que una gran contrariedad pueda dar instantáneamente á la leche de una nodriza propiedades tan perniciosas que el niño sea presa inmediatamente de convulsiones mortales.

*Nota relativa á lo que he dicho respecto de Bichat.*

Bichat, como he dicho, sondeó con mirada penetrante lo más profundo de la naturaleza humana, y expuso sus admirables investigaciones que son de lo más profundamente pensado que posee la literatura francesa. Sesenta años después aparece M. Flourens, y en su libro *De la vida y la inteligencia*, abre una polémica, en la cual no se avergüenza de declarar falso, sin más trámites, cuanto Bichat había sacado á luz sobre cuestión tan importante y en la cual tenía tan especial competencia. ¿Y qué es lo que M. Flou-



rens opone á Bichat? ¿Argumentos ó razones contrarias? Nada de eso. Afirmaciones (1) y autoridades, y éstas de las menos valederas y más singulares, á saber: Descartes... y Gall. Es de advertir que M. Flourens es cartesiano; para él, Descartes era todavía, en el año 1858, «el filósofo por excelencia». Ciertamente fué Descartes un grande hombre, pero lo fué tan sólo por haber abierto una vía; en toda su doctrina no hay una palabra de verdad, y apelar hoy á él como á una autoridad, es sencillamente ridículo. En el siglo XIX, un cartesiano en filosofía es lo mismo que un partidario del sistema de Ptolomeo en astronomía ó del de Sthal en química. Mas para M. Flourens, los dogmas de Descartes son artículos de fe. Descartes dijo: «Las voluntades son pensamientos.» Luego esto debe de ser verdad, aunque cada cual abrigue la persuasión íntima de que el querer y el pensar se diferencian como lo blanco y lo negro; cosa que he podido demostrar y explicar en el capítulo XIX, tan clara y fundadamente como puede apetecerse, apoyándome constantemente en la experiencia.

Ante todo, según Descartes, el oráculo de M. Flourens, existen dos sustancias totalmente distintas: el cuerpo y el alma. M. Flourens, como cartesiano ortodoxo, dice en consecuencia: «Lo primero es separar hasta en las palabras lo perteneciente al cuerpo de lo perteneciente al alma» (I, 72). Nos enseña además que esta «alma reside única y exclusivamente en el cerebro» (II, 137), desde donde, según un pasaje de Descartes, envía sus mensajeros, los *spiritus animales*,

(1) «Todo lo relativo al entendimiento pertenece á la vida animal», dice Bichat, y en esto no cabe duda; «todo lo relativo á las pasiones pertenece á la vida orgánica», y esto es absolutamente falso ¿De veras? *decrevit Florentius magnus*.

á los músculos, pues ella misma no puede ser afectada más que por el cerebro; las pasiones tienen su asiento en el corazón, al cual pueden afectar, pero su lugar en el cerebro. Así es, verdaderamente, como habla el oráculo de M. Flourens, y éste se halla de tal modo persuadido de ello que lo repite dos veces, como si fuera una oración (I, 33; II, 135) á fin de confundir infaliblemente al *ignorante* de Bichat que no sabe lo que son el alma y el cuerpo, que no conoce más que la vida animal y la vida orgánica, y al cual se digna enseñar que hay que distinguir cuidadosamente entre las partes donde tienen su asiento las pasiones y aquellas otras partes que son afectadas por ellas. Según esto, las pasiones obran en un punto mientras residen en otro. Los objetos materiales no obran jamás sino en el lugar en que se encuentran, pero las cosas suceden de otro modo á lo que parece, en esa alma inmaterial. Me devano los sesos para saber lo que Flourens y su oráculo pueden entender por esa distinción entre lugar y asiento, entre afectar y residir.

El error fundamental de M. Flourens y de su Descartes, proviene de que confunden los motivos ú ocasiones de las pasiones, que en su calidad de representaciones residen efectivamente en la inteligencia, en el cerebro, con las pasiones mismas que, á título de movimiento de la voluntad residen, como sabemos, en todo el cuerpo, que es la voluntad que se ha hecho visible.

La segunda autoridad de M. Flourens es la de Gall. Al comenzar el capítulo XX, he dicho (desde la segunda edición) (1): «El error capital de Gall en su craneo-

(1) En la primera edición, publicada en 1818, *El Mundo como voluntad y como representación*, se componía sólo del volumen anteriormente traducido en la biblioteca de Ju-



logía consiste en haber colocado en el cerebro órganos de las cualidades morales.» Pero lo que yo condeno y rechazo es precisamente lo que M. Flourens aprueba y admira, pues lleva en el corazón la máxima cartesiana: «las voluntades son pensamientos». Así, dice (pág. 144): «El primer servicio que Gall ha prestado á la fisiología (?) ha sido reducir lo moral á lo intelectual y hacer ver que las facultades morales y las intelectuales son del mismo orden, colocándolas á todas, tanto á las unas como á las otras, única y exclusiva en el cerebro.» Toda mi Filosofía, y especialmente el capítulo XIX del presente volumen, está consagrada á refutar este importante error. M. Flourens, por el contrario, no se cansa de juzgarle verdad y de felicitar á Gall por haber hecho ese descubrimiento. Oigámosle hablar (pág. 147): «Si pretendiera clasificar los servicios que nos ha prestado Gall, diría que el primero ha sido referir las facultades morales al cerebro.»—Pág. 153: «Sólo el cerebro es el órgano del alma, y del alma en toda la plenitud de sus funciones (como se ve, por todas partes aparece el *alma simple* de Descartes, como la medula de la cuestión); es el asiento de todas las facultades morales, como de todas las facultades intelectuales.—Gall ha reducido lo moral á lo intelectual, ha colocado las cualidades morales en el mismo asiento, en el mismo órgano que las facultades intelectuales.»—¡Cuán humillados debemos sentirnos Bichat y yo por tanta ciencia! Pero hablando seriamente, ¿qué puede haber que más desanime y hasta repugne que el ver rechazar lo que es verdadero y profundamente pensado, para preconizar lo

risprudencia, Filosofía é Historia de *La España Moderna*. Los complementos que forman esta segunda parte, no aparecieron hasta 1844 en la segunda edición.—(N. DEL T.)

falso y lo absurdo; ver precipitadas de su pedestal verdades hondamente ocultas, difíciles de descubrir al cabo de largas meditaciones, y de importancia suprema, para instalar de nuevo el antiguo y vulgar error que había costado tanto tiempo y tanto trabajo vencer; pudiéndose temer que sean perdidos por largo tiempo los progresos, de suyo tan difíciles, del espíritu humano? Pero tranquilicémonos: *Magna est vis veritatis et praevaleret*.

M. Flourens es indisputablemente un hombre de gran mérito, mas este mérito le ha contraído principalmente por sus investigaciones experimentales. Pero es probado que las verdades primordiales no pueden ser descubiertas por la experiencia, sino tan sólo por la reflexión y la penetración. Así es como, á fuerza de meditar y por virtud de la profundidad de su espíritu, Bichat pudo descubrir una verdad inaccesible á todos los experimentos de M. Flourens, aun cuando este cartesiano sincero y consecuente, martirizase animales á centenares. Le habría yo deseado que se enterara á tiempo ó que tuviera quién le advirtiese del peligro. La temeridad y la suficiencia, tales como puede producirlas una inteligencia superficial apegada á los prejuicios, y con las cuales se arroga M. Flourens el derecho de refutar, corregir y hasta amonestar á un pensador como Bichat, y todo esto por meras afirmaciones sobre la base de creencias de viejas y sobre la fe de fútiles autoridades, tienen su origen en la institución de las Academias. Los que ocupan sus sillones, acostumbrados á obsequiarse mutuamente con el título de «ilustre colega», no podían menos de llegar á considerarse como iguales de los hombres más eminentes que han existido, juzgándose oráculos y queriendo decidir soberanamente de lo verdadero y de lo